

Maestros de la cirugía uruguaya del pasado:

Alfredo Navarro



PROF. ALFREDO NAVARRO (1868-1951).

Nació en Montevideo, el 4 de mayo de 1868. En esa ciudad siguió los cursos primarios y secundarios. Cuando terminó el bachillerato fue becado, en virtud de sus altas calificaciones, por el gobierno uruguayo para estudiar en Francia (1887).

En la Facultad de Medicina de París cursó sus estudios de médico-cirujano. Allí puso en evidencia sus claras dotes de inteligencia y luchador. Ocupó el segundo puesto, laureado, en el Concurso de Practicantes Internos, entre ochocientos aspirantes de toda Francia, detrás de quien fuera más tarde el célebre cirujano Víctor Pauchet.

Coronó su carrera excepcional, finalizada el 22 de julio de 1894, con la publicación de su brillante tesis de París: "Contribution à l'étude des hydronephroses".

Se embarcó de regreso al país el 23 de julio de 1894.

A pesar de que se le había ofrecido una brillante perspectiva docente en la Facultad de Medicina de París y seguramente, asistencial, rehusó esas tentadoras posibilidades por considerar que tenía una deuda a saldar con su patria que le había pagado los estudios como becario.

1895

30 de abril de 1895:

- Revalidó su título de médico-cirujano.
- Catedrático interino y honorario de Anatomía Topográfica y Medicina Operatoria.
- Ese mismo año, miembro del Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior.

1896

- Proyecto de reformas del plan de estudios de Medicina y Cirugía.

6 de abril de 1896:

- Profesor interino y honorario de Patología Quirúrgica.

11 de octubre 1896:

- Profesor interino y honorario de Clínica Quirúrgica.

1899

- Propuso la división en dos cursos de la enseñanza de la Patología Quirúrgica.

22 de abril de 1903:

- Profesor titular de Clínica Quirúrgica hasta el 26 de abril de 1945.



Fotografía tomada en el aula de Química de la Facultad de Medicina de París en 1887. Alfredo Navarro es el segundo de la primera fila, a partir de la derecha del lector.

25 de enero de 1905:

- Decano de la Facultad de Medicina hasta 1907, en que fue reelecto, pero por circunstancias especiales, presentó renuncia junto con los restantes Decanos.
- Creó durante ese Decanato los Institutos de Anatomía, Fisiología y Anatomía Patológica, así como la entonces llamada Escuela Veterinaria, hoy Facultad de Veterinaria.
- A su iniciativa se crearon las primeras agregaciones en la Facultad de Medicina y las jefaturas de clínicas, hasta ese momento vitalicias, se hicieron temporarias.

16 de febrero de 1927:

- Electo nuevamente Decano de la Facultad de Medicina. Reelecto en 1930 hasta el 1º de marzo de 1933. Durante ese período reformó el plan de estudios de Medicina y Cirugía.

1932

- A fines de este año fue nombrado primer Director del Instituto de Clínica Quirúrgica y Cirugía Experimental, recientemente creado.
- Seis tomos de los *Anales* de dicho Instituto reflejan su inquietud científica, siempre renovada.

El 26 de abril de 1945, próximo a cumplir los setenta y siete años, dictó su última clase magistral con el brillo y la prestancia de sus mejores años, tratando: "Algunas consideraciones sobre los vasos sanguíneos de los miembros y su patología".

Desde 1909 cedió, en favor de su Clínica, los honorarios que le correspondieron como Profesor de Clínica Quirúrgica, contribuyendo así a mejorar en forma notable su Servicio.

En 1946 fue invitado a los actos conmemorativos del cincuentenario de la muerte de Luis Pasteur, por el gobierno francés que años antes lo había distinguido con la condecoración de Gran Oficial de la Legión de Honor.

Durante su dilatada actuación científica, fue objeto de dos grandes homenajes nacionales. El 6 de noviembre de 1926 al

cumplir treinta años de Maestro y el 2-3 de agosto de 1944, con motivo de cumplir sus bodas de oro con la Cirugía. En esta última oportunidad le fue conferido por la Universidad de la República, de la cual fue Rector interino durante dos años, el título de Doctor Honoris Causa.

Ya retirado de toda actividad, falleció, a los 83 años, el 17 de mayo de 1951.

F. R.

Realizar una semblanza del Prof. Alfredo Navarro —consagrado maestro de la cirugía— es tarea harto difícil para todos —aun para aquellos que poseen el don de un léxico superior y de una lírica inspiración—, pues no es fácil fijar, en los trazos de un retrato, la proteiforme personalidad del querido e indiscutido maestro.

Sin detenerme a investigar las razones que determinaron mi designación para esta tarea, tan poco acorde con mis condiciones, acepté el encargo movido por mi inextinguible afecto, respeto y admiración por el Maestro que llenó con su talento, su cultura, su dinamismo, su sentido clínico y su arte quirúrgico, un dilatado ciclo de la formación de la medicina vernácula.

Cuando nos detenemos a observar la obra de Navarro, decantada por el transcurso del tiempo, nos sobrecoge su inmensa belleza, su magnitud y su riqueza. Recién entonces estamos en trance de apreciar en todo su valor, el armonioso conjunto de una vida que fue para la ciencia, incommensurable, infinita, indestructible.

A medida que el tiempo transcurre y descendemos al valle, se acrece y agiganta la majestuosa figura del Maestro, no sólo para quienes tuvimos el privilegio de compartir durante varios lustros sus enseñanzas, sus pláticas y sus efectos, en una perfecta comunión científica y espiritual, sino para quienes le conocieron sin haber sido sus discípulos y aun para aquellos que llegados al ámbito de nuestra casa de estudios después de su desaparición, admiran las enseñanzas dejadas por su cátedra y por el ejercicio de la cirugía, que en sus manos fue oficio y arte, sustentados por firmes columnas de cultura y probidad científicas.

Cada día son más firmes y más actuales sus conceptos, sus ideas, sus afirmaciones, sus métodos, volcados en sus maravillosas lecciones clínicas, generoso derroche de conocimientos y de experiencia, que le permitió formar la verdadera legión de cirujanos y de clínicos que continúan aplicando las sabias enseñanzas recogidas a su lado.

Sus clases, maravillosa expresión de la medicina en el primer cuarto de este siglo, no han desaparecido con Navarro, pues si bien hoy rigen otros métodos y son distintas las formas de enseñanza clínica, no es menos cierto que aquellas que impartió el Maestro, han llegado a las generaciones actuales a través de sus discípulos, que han sabido divulgarlas en la cátedra, en el libro y en el consultorio profesional.

Su asombrosa semiología, su agudo espíritu de observación, su dilatada experiencia, su agudeza que le hacía percibir claramente los síntomas más acultos e imprecisos, lograban en una admirable síntesis que surgieran sus brillantes diagnósticos que a nosotros, sus discípulos, nos parecían simples, claros y lógicos. Ello acontecía porque su disertación era trunfo de lo sentido y lo vivido, expresión de lo verdadero y de lo real y es precisamente, esa sensación de claridad y sencillez que se sabe despertar en los discípulos, la más cabal expresión del magisterio que ejerce.

El Maestro es siempre sencillo, claro, preciso, sin ambigüedades y es por ello que, en conjunción con la pasión, énfasis y calor de sus afirmaciones, penetra profundamente en el espíritu de sus oyentes.



Clínica Prof. Navarro, 1934. De pie: Jacinto Costa, Eugenio R. Zerboni, Dante M. Cianciulli, Homero Cosco Montaldo, José Luis Scoseria. Sentados: Pedro F. Ibarra, Pedro Larghero Ybarz, Roberto Pereyra, Alfredo Navarro, Francisco Ruvertóni, Diamante Bennati y Rogelio Riso.

Por el contrario, el que no es maestro expresa lo teórico sin practicidad, lo que es utopía y que además de complicado es ininteligible, efímero y en último término expresión de mediocridad.

La labor del maestro Navarro, la pasión que ponía en sus afirmaciones, la prestancia y firmeza de su transitar en el tortuoso camino del diagnóstico, sus claras nociones introducidas en nuestra mente con el fervor del profeta, su perspicacia de observador y su tesón de investigador, hicieron que perdure lo que enseñó a sus discípulos y tengo la certeza de que perdurará mientras vivamos. Sus lecciones clínicas nos han capacitado para transmitir a los que nos rodean en nuestra labor hospitalaria o en nuestra tarea en la clínica o en la cátedra, sus enseñanzas inolvidables que seguirán extendiéndose aun desaparecidos sus discípulos, ya que éstos han

podido transmitir las a otros, lo que implica que Navarro, Maestro de sus discípulos, se ha transformado en Maestro de Maestros y aun en Maestro de los que nos sucederán.

Repito que no haré la semblanza de Navarro, ya que no me siento capaz de describir la obra maestra que fue su actuación en nuestro ambiente. Solamente y a modo de modesto homenaje de un discípulo a su maestro, en el cálido e íntimo ambiente del recuerdo, la amistad y el reconocimiento, me limitaré a bosquejar algunas de las más cautivantes facetas de la personalidad de Navarro.

NAVARRO CLÍNICO: Casi medio siglo, vale decir, una vida, como Profesor de Clínica Quirúrgica con desempeño magistral, dice con elocuencia de su proficua labor como Maestro de juventudes y forjador de

Cirujanos. Concepto éste ya expresado antes de ahora, como lo será seguramente aún más, por quienes con más prestancia que la mía, puedan darle al cuadro todo su esplendor. Sus clases clínicas fueron inigualables y nos son cada día más añoradas. Sus lecciones nunca integraron el tipo de la rebuscada clase de anfiteatro, en la que estaba ausente lo primordial u objetivo de la clase, es decir, el enfermo



Dictando su última clase.

y en las que se hilvanaban una serie desconexa de síntomas, nombres y fechas, sin trascendencia en el espíritu de los oyentes, de escaso o nulo valor docente y que son olvidadas en menos tiempo que el empleado en escucharlas.

Las clases clínicas de Navarro fueron exactamente el polo opuesto. Constituían un verdadero acto de fe, en el que actuaba como oficiante el Maestro venerado que recordamos ahora, teniendo como altar la mesa en la que se encontraba el enfermo a estudiar y representados sus fieles y el coro, por sus colaboradores, discípulos y estudiantes. Oficio sagrado en el que

la liturgia estaba representada por la brillantez y la fogosidad del Maestro, movidas con la impetuosidad de un iluminado, brillantez y fervor que introducía en el espíritu de los oyentes las nociones y enseñanzas, para integrar una verdadera comunión entre el maestro y sus discípulos. Magnífica culminación del acto de fe que eran sus lecciones incomparables.

NAVARRO Y LOS ESTUDIANTES: Una de las más destacadas características de Navarro, fue su amor por la enseñanza y por el objeto directo de ellas, los estudiantes, pertenecieran o no a su curso.

Los amó sinceramente, nunca los aduló ni buscó sus simpatías, sino por el camino del trabajo y de la rectitud. Cuando fue necesario llamarlos al orden, lo hizo con austeridad, con seriedad y con firmeza, firmeza que terminada la advertencia se trocaba en una franca sonrisa y en una mano tendida en noble gesto de paz y de amistad. Testimonia esto con harta elocuencia su actuación como Decano en nuestra Escuela de Medicina.

Durante el ejercicio de esa delicada función, las solicitudes y reclamos de los estudiantes fueron siempre atendidas con diligencia, cuando ellas eran justas y, cuando por no serlo debían ser rechazadas, lo hacía siempre con el gesto cordial y amable que tenía para sus compañeros, los estudiantes, motivo principal de todos sus afanes y preocupaciones.

La terminación anual de los cursos de su clínica, culminaba con un magnífico ágape en su propia casa. En esas inolvidables reuniones —que son uno de los más bellos recuerdos de nuestra vida estudiantil—, el Profesor abandonaba su investidura de tal y era un compañero más en la rueda alegre y cordial.

Desaparecía entonces el severo empaque del Maestro para manifestarse como el hermano mayor, de espíritu amable y juvenil, que se solazaba en la compañía de sus jóvenes discípulos y festejaba alegremente las ocurrencias de sus jóvenes contertulios, siempre propensos a desarrollar su ruidosa y sana alegría. En esas reuniones, era Navarro un estudiante más, el mayor de todos, que —por lo mismo—presidía la mesa cordial y dispensaba a todos por igual, el pan y el vino de la amistad y del afecto.

NAVARRO COMO AMIGO: Como todo grande hombre —que cumplía tareas trascendentes—, tuvo enemigos y detractores. Pero ellos nada cuentan, frente a sus innegables virtudes y a la obra inmensa cumplida como Profesor y como Médico.

Defendió sus ideas y sus procedimientos, con honda pasión, sin dejar de ser tolerante, comprensivo y respetuoso de las opiniones ajenas. Combatía las ideas contrarias a las suyas, con elevación y altura, en la actitud propia de su grandeza moral e intelectual.

Sintió pasión por la amistad, la que prodigó con largueza y gozó el íntimo encanto de recibir las pruebas de afecto que le dispensaban aquellos en los que él ponía su amistad. En el intercambio de afectos amistosos, que fue otro de sus encantos personales, desaparecía la adustez de su gesto y dominaba la alegría de su espíritu, la vivacidad de su cultura.

Todos cuantos tuvimos el doble privilegio de ser sus discípulos y sus amigos, podemos dar acabada cuenta de qué noble calidad fue su amistad y cuán sensible fue para ella. Se daba a sus amigos sin cálculos ni recámaras, compartía sus trances dolorosos o amargos y se mostraba alegre y gozoso con sus triunfos y sus felicidades. Estaba siempre pronto a dar, porque sabía

como el Estoico, que la riqueza se mide más por lo que se prodiga que por lo que se atesora.

Sabía olvidarse de lo suyo, frente a la inquietud o el peligro de quien le reclamara su afecto o su ciencia. Y perdonadme una referencia estrictamente personal: ya gravemente enfermo, en la etapa final de su vida, supo de un accidente que sufrió. Bastó ese conocimiento, para que olvidándose de sus males muy serios, se afanara por su amigo e hiciera indicaciones múltiples para lograr su mejoría y recuperación. Comprenderéis que vive permanentemente en el fondo de mi corazón, ese último gesto del Maestro, síntesis de su bondad, de su afecto y de su solidaridad con el dolorido.

Resumiendo esta sencilla y modesta semblanza de un grande hombre, séame permitido expresar cuánto bien se le hace a las jóvenes generaciones, destacando figuras como las de Navarro, que con su talento, su autoridad científica, su probidad y su bondad, llenaron un ciclo de la vida de nuestra profesión, y se transformaron en paradigma de una época brillante de nuestra medicina.

Cuantas veces exaltemos su memoria y sus virtudes, estaremos enalteciendo la noble causa en la que hemos puesto todos nuestro afanes y en la cual él supo ser hombre sin par.

DR. DOMINGO VÁZQUEZ ROLFI.